

Dejóme solo. Y yo pasea que pasearás. Me rodeaba una atmósfera de drama. Presentía la violencia, lo que en el mundo artificioso del teatro se llama la situación... ¡Tilín! ¡El timbre, la puerta!... ¡Mi hermano!...

XXXVI

¡Esta es la mía!

Los segundos que tardó en aparecer en la sala, ¡cómo se deslizaron pavorosos!... Entró, y al verme... No, jamás ha sufrido un hombre desconcierto semejante. Yo me sentí fuerte y dueño de mis facultades para operar con ellas como me conviniera... Mereciera ó no la mosquita muerta mi ardiente defensa, ¿qué me importaba? Yo, caballero del bien, me disponía á dar una batalla á su enemigo, que era también el mío. A la carga, pues, y luego se vería...

La sorpresa pudo en José más que la turbación, y se le escapó decirme:

«¿Qué demonios buscas aquí?»

Advertí en él esfuerzos inauditos para poner concierto en sus ideas, disimular su cogida y cubrir el flanco de su amor propio.

«¡Ah! — exclamó fingiéndose asombrado —. ¡Qué casualidad! Los dos venimos de visita..., nos encontramos... Es verdad; te dije que pensaba venir.»

Y el tunante no caía en la cuenta de que no nos hablábamos desde la disputilla, siendo, por tanto, imposible que me hubiera avisado su visita. Viéndose cogido en su red, cambió de

táctica. Inició torpemente dos ó tres temas de conversación (á punto que Melchora traía otra butaca, por no ser suficiente una para los dos); pero desde las primeras palabras se aturrullaba y confundía. Dejóse ver por la puerta del gabinete doña Cándida, tan turbada como mi hermano, y más con la papada que con la voz nos dijo:

«Dispénsenme los Mansitos; pero estoy tan ocupada... Vuelvo...»

Y desapareció como espectro con pocas ganas de ser evocado. Las tenía tan grandes mi hermano de hacerme creer que á la casa venía por vez primera, que no quiso esperar la segunda aparición del espectro para decirle á gritos:

«Al fin me tiene usted por aquí...»

Pero notando mi empaque severo, me miró despacio. Estábamos sentados el uno frente al otro.

«Pues sí, es bonita la casa. No la había visto. ¿Habías estado tú aquí?»

— Es la primera vez.

— Muy fría la sesión de esta tarde... La discusión de presupuestos sumamente lánguida. Tres diputados en el salón de sesiones. Pero en las Secciones hemos tenido mar de fondo. Hay un tacto de codos que Dios tiritita. Es verdaderamente escandaloso lo que pasa, y luego con la plancha que se tiró ayer el ministro de Gracia y Justicia... La Comisión de melazas no ha dado aún dictamen. Tendremos voto particular de Sánchez Alcudia, que se empeña en proteger los alfajores de su tierra...»

Y yo callado. El debía estar sobre ascuas. Presagiaba sin duda una escena ruda, y quiso debilitarme anticipadamente con la lisonja.

«¡Ah!, se me olvidaba — dijo, tomando la más-

cara de la risa, que le sentaba como al Cristo las pistolas —. Tengo que darte las gracias. Ya me contó Manuela. El pobre Maximín, si no es por ti, se nos muere hoy. Anoche no pude ir en toda la noche á casa, porque... es verdaderamente cargante. Hasta las dos y media estuve en la Comisión de melazas. Luego fuí con Bojío á cenar á casa de su padre el marqués de Tellería. El pobre señor se agravó tanto anoche, que tuvimos que quedarnos allí varios amigos. ¡Cuánto sentí esta mañana, al ir á casa, lo que había pasado con la tunanta del ama! Parece que es buena la que llevaste... Pero mira; allí me encontré un familión... El padre me abordó con aire marrullero, y me dijo: «Ya sé que el señor marqués va para *menistro*. Si quisiera dar algo á estos *probecitos* de Dios...» Empezó á pedir. Figúrate, no quiere nada el angelito. Ve contando: el estanco del pueblo y el sello para su hijo mayor; para el segundo la cartería, y para sí propio la cobranza de contribuciones, la vara de alcalde, el remate de Consumos y la administración de Obras pías... Yo me desternillaba de risa y Sáinz del Bardal le prometió proponerle para una mitra.»

Con fuertes carcajadas celebraba José la gracia del cuento... Y yo siempre callado, serio. Estaba impaciente, deshecho, porque no quería romper el fuego hasta que estuviera delante el emperador Vitelio. Pero probablemente la taimada había hecho propósito de no presentarse, dejando que los Mansitos se despacharan solos á su gusto. De repente se levantó José. Le había entrado súbito afán de admirar las dos grandes láminas que doña Cándida había colgado en la pared de su salita.

«¿Pero has visto esto? Es un grabado verdaderamente magnífico. *Naufragio del navío INTREPIDO delante de las rocas de Saint-Maló*. ¡Qué olas! Parece que le salpican á uno á la cara. ¿Y este otro? *Naufragio de la Medusa*, por Gericault... Pero aquí todo son naufragios.»

En esto el reloj dió las once. Eran las cinco.

«Allá se va este reloj con los de mi casa — observó mi hermano, sentándose —. Todos padecen de reblandecimiento de la medula catalina... Pues señor, me gusta este modo de recibir visitas. Si no se presenta pronto doña Cándida, me voy.»

Farsa, pura farsa. Bien conocía él que en la casa pasaba algo grave. Mi inopinada presencia, mi silencio sombrío le causaban miedo, por lo que pensó en ponerse en salvo.

«¿Tú te quedas?

— Sí; y tú también.

— Hombre, eso es mucho decir.

— Tenemos que hablar.

— ¿Tienes algo que decirme?

— Algo, sí.

— Pues mira, no se conoce. Hace un cuarto de hora que estoy aquí.

— Yo quería que estuviese presente doña Cándida; pero ya que esa señora tiene vergüenza de ponerse delante de los dos...»

José palideció. Hice propósito de explicar mi interpelación con todo el comedimiento posible y de no hacer lógica con violencia ni manotadas. Mi enemigo era mi hermano. ¡Difícil y peligroso lance!

«Pues dímelo pronto — indicó él, festivo, á fuerza de contracciones de músculos.

— En dos palabras. Has estado haciendo la

farsa de que venías aquí hoy por primera vez, cuando vienes todas las tardes y noches, desde que vive aquí doña Cándida. Entre esta señora, á quien voy á recomendar al juez del distrito, y tú, padre de familia y representante de la nación, habéis armado una trampa... poco digna, quiero ser prudente en las calificaciones..., una trampa contra esa pobre joven honrada, sin padres ni pariente alguno...

— No sigas, no, no sigas — dijo mi hermano, echándose las de espíritu fuerte —. Pareces verdaderamente un caballero andante. ¿Eres tú padre, hermano, esposo ó siquiera novio...? Y si no lo eres, ¿para qué te metes á juzgar lo que no conoces? ¿Vienes en calidad de filántropo?

— Vengo en calidad de indiferente. Soy el primero que pasa, un hombre que oye gritos de angustia y acude á prestar socorro á... quienquiera que sea. Hablo con el título de persona humana, el único que se necesita para entrar donde martirizan, y desempeñar las primeras diligencias de protección mientras llegan Dios y la justicia terrestre. No tengo más que decir sobre mi derecho á intervenir aquí.

— Pero vamos á ver..., es preciso poner las cosas... — balbució José, enredado en el laberinto de sus conceptos, sin saber por dónde salir —. Tú no puedes hacerte cargo... Lo primero que hay que tener en cuenta...

— Es que tu conducta ha sido impropia de un caballero y más impropia aún de un padre de familia. En tu misma casa trataste de pervertir á la que era maestra de tus hijos. No conseguiste nada... ¿Pues qué, creías, gran tonto, que no hay más que...? Pero tú necesitabas emplear ciertas perfidias. Allá no era posible. Te confa-

bulaste con esta desgraciada mujer, te valiste de su feroz codicia, armasteis entre ambos el lazo... Pero ya ves, ni con tus visitas, ni con tus regalos, ni con tus promesas, ni con tus amabilidades, que son tan empalagosas como la Comisión de melazas, has conseguido tu objeto. Acosada por ti y maniatada por su señora tía, la víctima ha encontrado en su virtud fuerzas bastantes para defenderse...

— Pero hombre, escúchame, déjame hablar un poco... Hay que presentar las cosas como son... Te diré... Tú te pones á filosofar, y abur... Cosa absurda... Aguarda... Oye.

— No proceden así los caballeros. Si tienes pasiones, véncelas; si no puedes vencerlas, con dignidad trampéalas. En resumidas cuentas...

— En resumidas cuentas, tú no te has enterado... Por Dios, Máximo, estás hablando ahí... y no es eso, no es eso...

— ¿Pues qué es?... »

Tal era su atontamiento, que no acertaba á salir del ovillo de embustes en que se había envuelto. Tenía la boca seca, el rostro encendido, y fumaba cigarrillos con nerviosa presteza. Ofrecióme uno, y le dije:

«Pero hombre, ¿ahora te enteras de que no fumo ni he fumado en mi vida?»

— Es verdad: pues vamos á ver... Yo he venido aquí la otra tarde por casualidad, cuando salí de la Comisión... Pero no es eso. Lo primero es definir bien..., porque así, presentadas las cosas con ese aparato de moral... Aquí no hay lo que crees... Empezaré por decirte que Irene... No es que piense mal de ella... Tú no estás enterado... Y ya se ve; cuando sin estar en autos... En cuanto á caballerosidad, yo te aseguro que

nadie me ha dado lecciones todavía... Y vamos al caso..., por amor de Dios...

— Al caso, sí. Oye, José María; descubierta la poco noble conspiración fraguada por ti y doña Cándida, y desarrollada con sus ideas y tu dinero...

— Poco á poco... De que yo ampare á los desvalidos, no se deduce... Ven á razones, hombre. Aquí no somos filósofos, pero sabemos razonar... Porque tú... Entendámonos...

— Sí, entendámonos. Descubierta el plan poco noble, no puedes salir adelante, José. Dalo por frustrado. Haz cuenta que en una jugada de Bolsa perdiste el dinero que has dado á doña Cándida. Esto se acabó. No hay que hablar. En este juego prohibido se ha presentado la Policía, y poniendo el bastón sobre la mesa, ha dicho: «Ténganse á la Justicia.» La Policía soy yo. Estoy pronto á indultar, si esto se da por concluido. Estoy pronto á promover un escarmiento si esto sigue.

— Dale, dale... ¡Si no comprendes...! Eres verdaderamente testarudo... Déjame que te explique... No hay que tomar las cosas por tan lo alto..., ¡dale!...

— ¿Sabes cuáles son mis armas? La publicidad, el escándalo, son espadas de dos filos que hieren á ti y á mi protegida. Pero no importa: es inocente. Dios cuidará de ella. Te amenazo, pues, con la publicidad, con el escándalo, y además con el juez.

— Dale. Si no es eso...

— ¿Cómo que no es eso?... Veremos. Ten presente lo que acabo de decir: el juez...

— ¿Pero qué juez ni qué niño muerto?

— En cambio, si esto se queda así, si me pro-

metes no volver á poner los pies en esta casa, habrá paz; tu mujer no sabrá nada, y puedes dedicarte tranquilamente á la vida pública.

— Hombre, te estoy oyendo — gritó mi hermano envalentonándose mucho y cruzándose de brazos —, y no sé qué pensar... ¡Estamos bonitos!... ¿Qué significa esto? Te he oído con paciencia; pero ya se me acaba... ¿Conque es decir que yo soy un criminal, un no sé qué, un...? Tus filosofías me apestan... No habrá más remedio que tomarlo á risa... Y en último caso, ¿á qué se reduce todo?... A nada, á una bobada... Tanta bulla, tanta ponderación y tanta soflama por una cosa sin maldita importancia. Estos sabios son verdaderamente idiotas... Que se me haya antojado decir cuatro tonterías á Irene... ¡Por amor de Dios, hombre! Que aquí en esta casa le haya dicho también cuatro tonterías, ó cinco..., ¡por amor de Dios! ¿Es eso motivo?... Ni sé cómo te escucho...

— Quedamos en que esto se acabó — dije, gozoso de verle batiéndose en retirada.

— Pero si no se ha empezado, si no hay nada, si todo es figuración tuya... Francamente, yo no sé cómo te aguantan tus amigos... Si te casaras, tu mujer se tiraría por el Viaducto, y tus hijos te maldecirían. Eres muy *plantillero*, el colmo de la impertinencia, de la pedantería y del entrometimiento. Vamos, que si no conociera tus buenas cualidades...

— Quedamos en que no volverás más aquí.

— Eres tonto... Como si yo tuviera algún interés en ello... Eso bien lo puedes creer, y si hay algo aquí que me ha costado el dinero, interprétalo con más caridad, hombre; atribúyelo á compasión de esta desgraciada familia. Dime

tú, ¿los beneficios se hacen públicamente ó con cierto recato? Al menos yo he aprendido que la caridad debe practicarse en silencio. Vosotros los filósofos lo entendéis de otro modo.

— Eres un santo... Vamos, ¿á que concluyes por pedirme que te canonicen...?

— Y cuando yo me intereso por los desvalidos, cuando les ayudo á vencer las dificultades de este mundo, hago las cosas completas, no me quedo á la mitad del camino. Poco me importa que después venga la calumnia á desfigurar mis acciones... Yo desprecio la calumnia. Cuando mi conciencia está tranquila...»

No pude remediarlo; rompí á reír, viendo que el muy farsante, acalorándose más con el papel que representaba, pretendía nada menos que darme á mí la feísima parte de calumniador. Quería sacar partido de su falsa posición, y tornándose en juez, me decía :

«Y vamos á ver, camaradita, ¿quién me asegura que tú, con esos aires caballerescos y esas cosas sublimes, no vienes aquí con una intención solapada?... Me parece que eres de los que las matan callando. Eso sería bueno: que quien sólo ha tenido propósitos benéficos y caritativos pase por hombre corrompido, tramposo y malo, y el señorito filósofo, sabio y profesor de Moral, sea el verdadero perseguidor de la honra de las doncellas puras... Verdaderamente...»

Se puso delante de mí, y con su bastón iba marcando sus palabras más arriba de mi cabeza, sin tocarme, se entiende.

«Yo te he visto caracoleando en el cuarto de Irene, haciéndole la rueda en el paseo, como un pavito real, muy hueco y filosófico; yo te he visto relamido y sumamente pedante y travie-

tesco junto á ella... Es verdad que nunca sospeché que te pudiera querer... Eres muy antipático...»

Y fué á colocarse delante del espejo, á estirarse el cuello de la camisa y acomodarse la corbata, que andaba un poco descarriada.

«¡Si saldremos ahora con que un señor cate-drático de Moral anda enamorado!... ¡Por amor de Dios, hombre!... Con esa cara de cura y esa respetable fisonomía, pues no parece sino que detrás de cada vidrio de tus gafas están Platón y Aristóteles..., y con esa cortedad de genio... Por María Santísima, Máximo, no hagas el oso... Tú no sirves para eso : nunca gustarás á las mujeres.»

Aun siendo tan poco autorizado quien las hacía, aquellas burlas me mortificaban.

«Yo no comprendo el interés ridículo que te tomas por la pobrecita Irene, que de seguro se reirá de ti bajo aquella capita de bondad..., porque, eso sí, otra que tenga mejores modos y que sepa esconder tan bien sus picardías...»

Se paseaba por la sala haciendo molinete con el bastón.

«Mira, José — le dije —, haz el favor de marcharte de una vez. Abandona el campo, y déjanos en paz. Si te empeñas en ser pesado, yo me empeñaré en ser inflexible. Te he cogido en tu propio lazo; no tienes defensa contra mí. Marchate; este disgustillo se acabó, y desde mañana seremos hermanos.

— No, no, si en mí no hay disgusto, ni des- pecho... — balbució contradiciendo sus palabras con la expresión colérica de su semblante —. ¿Crees que doy importancia á tus majaderías? No, hombre, no hago caso : mi conciencia está

tranquila... He sabido amparar á una familia desgraciada: veremos lo que haces tú ahora... Me marcharé...

— Pues de una vez...

— Te dejo en plena posesión de tu papel de desfacedor de agravios. Trabajo te mando, camaradita, porque no es oro todo lo que reluce. Y no es que yo quiera agraviar á la pobre Irene. Yo me he interesado por ella, no como un sabio filósofo, sino como un buen padre, como un hermano. Que viene doña Cándida á contarme que ha descubierto paquetes de cartas... Bueno, ¡cosas de chicas!, es natural que se enamoren de cualquier pelagatos..., es natural que lo disimulen, que hagan mil tapujos y tonterías... Que doña Cándida me dice: «Irene llora; á Irene le pasa algo; Irene anda en malos pasos.» Bueno: la juventud, la ilusión..., cosas de niñas que leen novelas. No doy importancia á tales boberías... Que yo mismo observo á cierta persona rondando la casa por las tardes, por las noches... ¡Qué le hemos de hacer! Mientras haya coquetas, habrá gomosos. He tenido ganas de andar á galletas con uno, mejor dicho, de aplacarle el resuello. Pero eso tú lo harás ahora, tú, el señor de la protección caballeresca. Veremos si con rociadas de moral ahuyentas al enemiguito. Echales las gafas encima, y sácales el Cristo, ó el Sócrates. O si no, otra cosa...»

Se echó á reir como un condenado.

«Otra cosa. Trae al juez, hombre; trae á ese juez con que me amenazabas, y dile: «Señor juez, aquí tiene usted un novio de mi futura; métele usted en la cárcel, y á mí mándeme á un tonticomio... Eso es, eso. Aquí te quiero ver, escopeta.»

Francamente..., iba yo á contestar algo; pero pensé que era más digno no contestarle nada.

«Y yo me marchó. Te obedezco, hermanito. Aquí te quedas. Ya me contarás y nos reiremos.»

Le vi dispuesto á marcharse. Algo me ocurrió entonces que decir; pero me callé para que se fuera de una vez. Salió sin decirme nada, tarareando una musiquilla, pero con la rabia en el corazón. Alegréme de este resultado, porque mi objeto estaba conseguido, y conociendo á José María como le conocía yo, bien pude asegurar que daba por perdido el juego. Su miedo al escándalo me garantizaba su vencimiento y abandono de sus planes. Por el momento yo había triunfado, y lo mejor fué que conseguí mi objeto sin gritaría ni violencia. No hubo drama, cosa en extremo lisonjera para todos.

José me conocía; debió comprender que en caso de reincidencia yo daría el escándalo, intervendría la justicia, se enteraría Manuela. Era probable que ésta pidiera la separación de bienes, y á Cuba se marchara... El marrullero, el hombre práctico no podía menos de detenerse ante la amenaza de estos peligros verdaderamente terribles. ¡Campaña ganada, y ganada sin batalla, por la prematura retirada del enemigo, antes convencido que derrotado! O esto es estrategia sublime, ó no sé lo que es.

XXXVII

Anochecía.

La propia doña Cándida trajo en sus venerables manos una luz con pantalla, y poniéndola sobre la mesa, me dijo con voz cascada y temerosa:

«Ya se ha ido... ¡Jesús!, yo creí que íbamos á tener función gorda... Pero ambos sois muy prudentes, y entre buenos hermanos... La pobre niña...

— ¿Qué?

— Le ha entrado fiebre; pero una fiebre atroz. Ya la hemos acostado. ¿Quieres pasar á verla?... Se ha calmado un poco; pero hace un rato deliraba y decía mil disparates.

— Que suba Miquis...

— Le hemos dado un cocimiento de flor de malva. Creo que le conviene sudar. Anoche debió constiparse horriblemente cuando aquella alarma de los ladrones...

— Que suba Miquis...

— Creo que no será preciso. Siéntate. Parece que estás así como perplejo. Delirando hace un rato, Irene te nombraba.

— Pero que suba Miquis...

— Le llamaremos si es preciso... ¿Quieres entrar á verla? Parece que duerme ahora. Mañana le diré que pasaste á verla, y se alegrará mucho. ¡Qué sería de nosotras sin ti!»

Tanta melosidad me ponía en ascuas. Pasé al gabinete, que se comunicaba con la alcoba por

un gran hueco entre columnas de hierro pintadas de blanco y oro, manera arquitectónica que está muy en boga en las construcciones nuevas. En aquella entrada me detuve. La alcoba estaba casi á oscuras, pero pude ver el cuerpo de Irene modelado en esbozo por las ropas blancas del lecho. Era como una escultura cuya cabeza estuviese concluida y el tronco solamente desbastado. La vi de espaldas; se había vuelto hacia la pared, y de sus brazos no asomaba nada. Su respiración era fatigosa y febril, acompañada de un cuchicheo que más parecía rezo que delirio. Me hacía pensar en el rumorcillo de una fuente de poca agua que mana entre hierbas y rompe melancólicamente el silencio del bosque. Puse atención para entender alguna sílaba; pero, ¡cosa extraña!, siempre que yo utilizaba mi atención y mi oído, ella callaba... Volvía; era imposible entender nada de aquella música del espíritu.

«La pobrecita tiene una gran pena — me dijo doña Cándida al oído —. El motivo ve á saberlo...

— Ya..., ¿le parece á usted poco?...

— No, no es sólo por la cuestión de tu hermano... ¡Qué delirio el suyo!... Nada menos que de puñales, de venenos y de revólveres hablaba, como herramientas para quitarse la vida.»

Acerqueme un poco paso á paso; la curiosidad me empujaba, la delicadeza me detenía... Al fin la vi de cerca. Tenía el rostro encendido, la boca entreabierta, el cabello suelto, encrespado, anilloso y formando un gran nimbo negro, partido en dos, alrededor de la cabeza. De cerca, el cuchicheo era tan ininteligible como de lejos; diálogo misterioso entre el alma y el sueño.

Me retiré alarmado, y en la sala puse cuatro letras á Miquis sobre una tarjeta, rogándole que subiera. Hecho esto, pensé en irme á comer á mi casa, con propósito de volver más tarde. Adivinó mi pensamiento Calígula, y muy obsequiosa y acaramelada me dijo:

«Si quieres, puedes quedarte á comer conmigo. No te daré las cosas ricas que hay en tu casa...»

— Gracias.

— Mal agradecido... La culpa tiene quien te quiere y te obsequia. Bien sabes que para mí no hay mayor gusto que verte en mi casa.»

Tanta finura me alarmó. No contaba con ella.

«Pero siéntate... ¿Qué prisa tienes?... No puedes figurarte cuánto me alegro de que tu dichoso hermano haya desfilado... Ahora te puedo hablar con franqueza, Máximo. ¡Ay!, nos tenía acosadas... una cosa atroz.»

La miré para recrearme en su cinismo, y ver con qué rasgos y matices se traduce en el rostro humano aquel excepcional modo del espíritu.

«Porque hazte cargo..., empeñado en que esa pobre criatura le ha de querer...; como si el querer fuera cosa de aquí me llego... Pero tú no puedes figurarte qué arrumacos, qué agonías, qué frenesí el suyo... Se pasaba las horas mirándola como un bobo, y echándole unas flores tan cursis... Luego venían los regalos; todas las tardes traía una cosa nueva, joyita, caprichito, baratija. Y á cada rato..., ¡tilín!, un dependiente de la tienda con dos vestidos...; ¡tilín!, un mozo con sombreros... Esto parecía la casa de San Antonio Abad, el de las tentaciones. La pobre Irene, firme y heroica, ha sufrido mucho, y yo también, porque... ya puedes suponer mi difícilísima situa-

ción. Yo no podía coger á José María por un brazo y ponerlo en la calle. Le debo favores..., es como de la familia. Te digo que hemos pasado la pena negra. Irenilla le ponía cara de hereje; últimamente hasta le insultaba. No sabes; tiene un genio de lo más atroz... En cuanto á los regalos, allí están todos tirados. Algunos se han roto. Por cierto que por empeño de José María..., es tan pesado..., se han traído algunas cosas, que vendrán á cobrar, y...»

La miraba, la observaba con verdadero placer, cosa que parecerá imposible, pero que es verdad. Era yo como el naturalista que de improviso se encuentra, entre las hojarascas que pisa, con un desconocido tipo ó especie de reptil, con feísimo coleóptero, con baboso y repugnante molusco. Poco afectado por la mala traza del hallazgo, no piensa más que en lo extraño del animalejo, se regocija viendo las ondulaciones que hace en el fango, ó las materias fétidas que suelta ó los agudos rejos con que amenaza, y no sólo se complace en esto, sino en considerar la sorpresa de los demás sabios cuando él les muestre su descubrimiento. Así observaba yo á doña Cándida, con interés de psicólogo, y antes de horrorizarme de sus ondulaciones, rejos, antenas, babas, élitros, zancas, me asombraba del infinito poder, de la inagotable fecundidad de la Naturaleza. No sé si en esta crisis de admiración moví la mano con algo de instinto protector hacia mis bolsillos, porque la célebre papada se estremeció anunciando una fuerte emisión de risa. La señora, con bonísimo humor, me dijo:

«Hombre, no seas tonto... Pues qué, ¿creías que te iba á pedir dinero?... ¡Ay qué gracioso!... No, tranquilízate. Que te vuelva el alma al cuerpo.

No estamos ahora en ese caso. Es verdad que José María me debe un piquillo...»

Al oír que mi hermano le debía un piquillo..., vamos, no rompí á reír con gana porque mi espíritu se hallaba en el estado más congojoso del mundo. Pero me hizo tanta gracia, que me reí un poco. Era motivo para alegrar un cementerio, ó para hacer bailar á un carro fúnebre.

«Pues es preciso que le pague á usted..., no faltaba más.

— Hombre, no; no quiero cuestiones. Ya sabes que tratándose de los de la familia... Estoy acostumbrada á sacrificarme... No hablemos de eso. Además, no me hace falta por ahora. Sólo en el caso de que ésa siguiera enferma...

— Creo que esto pasará pronto — dije en voz alta; y para mis adentros: — Ya te siento zumbar, cínife.

— ¿Estará buena mañana? ¡Dios lo quiera! ¡Pobre niña! Cuando pasaban dos, tres días y no venías á vernos, la observaba yo tan triste... Eso sí, cuando habla de Máximo no acaba. Y á cualquiera se la doy yo. Un hombre como tú, una celebridad..., y luego con tus cualidades eminentes... Eres el número uno de los hombres...

— ¡Oh! Gracias... Que me sonrojo...

— Te digo la verdad. Cuando Irene sepa el interés que te has tomado por ella, se va á volver loca, loca en toda la extensión de la palabra.

— En toda la extensión de la palabra nada menos... Será una cosa atroz...

— A buen seguro que si hubieras sido tú el de los obsequios...»

¡Oh!, no podía oír más. Le corté la palabra. Una de dos: ó ella se callaba ó yo le pegaba.

Fué preciso conseguir lo primero, y para esto el mejor medio era alejarme de la esfera de acción de su papada y salir al aire libre. ¡Terrible cosa el desear salir y el desear y necesitar volver! Irene me atraía; Calígula me alejaba. En un solo punto estaban mi interés más vivo y mi repugnancia más honda, mi Cielo y mi Purgatorio... Salí pensando en diversas cosas, todas á cual más tristes; pasadas, presentes y futuras. Nunca había sentido en mi cabeza obstrucción semejante. Parecíame, usando un símil materialista, que las ideas no cabían en ella, y que se me salían por los ojos y los oídos. En este laberinto dominaba una evidencia muy desconsoladora, en la cual la verdad era luz que alumbraba mi espíritu y llama que me freía los sesos. Por primera vez en mi vida bendije la ilusión, indigna comedia del alma, que nos hace dichosos, y dije: «Bienaventurados los que padeceñ engaño de los sentidos ó ceguera del entendimiento, porque ellos viven consolados...»

Aquella evidencia había venido en su momento histórico fatal, cual modificación de anteriores estados del espíritu; yo la veía proceder de mis suspicacias, como viene la espiga del tallo y el tallo de la simiente. Del mismo modo el árbol de la duda suele dar la flor de la certeza. Flor negra, amargo fruto, destinado al maldecido paladar del hombre de estudio! Otra vez hay que decir que sea mil veces bienaventurado el rústico que crece como una caña y vive meciéndose en el seno blando de la mentira... Indaguemos. Naturaleza pródiga ha puesto dificultades y peligros en la averiguación de sus leyes, y de mil modos da á conocer que no le gusta ser investigada por el hombre. Parece que desea la ignorancia, y

con ella la felicidad de sus hijos. Pero éstos, es decir, los hombres, se empeñan en saber más de la cuenta; han inventado el progreso, la filosofía, la experimentación, el arte y otros instrumentos malignos, con los cuales se han puesto á roturar el mundo, y de lo que era un cómodo Limbo, han hecho un Infierno de inquietudes y disputas... Por eso...

Iba yo por la calle muy engolfado en estas impuras filosofías pesimistas, impropias de mí, lo confieso, cuando tropecé... Fué como un choque violentísimo con duro y pesado objeto, choque puramente moral, pues no tave contusión, ni mi cuerpo llegó á tocar al otro, que era el de un hombre más joven que yo, más alto que yo, de partes, calidades y preeminencias físicas superiores de todo en todo á las mías. Quedéme parado ante él y él ante mí, sin hablarnos, ambos algo cohibidos. La conmoción del choque había sido en él tan grande como en mí... Y de pronto subió á mis labios, del corazón, no sé qué hiel más amarga que la amargura, y la escupí en estas palabras:

«¡Manuel...! ¿Adónde vas por aquí?»

Le traspasé con miradas, me sentí dotado de una lucidez sobrehumana, comprendí todo lo que se dice de los taumaturgos y de los seres privilegiados, á quienes un conjunto de hechos y circunstancias da el privilegio de la adivinación. Leí á mi hombre de una ojeada, le leí como si fuera un cartel de los que estaban pegados en la próxima esquina.

Y él, vacilando como todo el que no está diestro en mentir, me contestó:

«Pues... precisamente... iba á casa de Miquis á consultarle.

— ¿Estás enfermo?

— La garganta..., siempre la garganta.

— ¿Conque la garganta...?»

Le agarré un brazo con mi mano, que se me figuraba tenaza, y le dije:

«¡Farsal; tú no ibas á consultar con Miquis. Esta no es hora de consulta.

— Pero como es amigo...

— ¡Manuel, Manuel!...»

Le atravesé de parte á parte otra vez con mis miradas. Después me ha contado que se quedó yerto. Ocurrióme decirle una cosa que le desconcertó sobremanera, y fué esto:

«Bien, yo también soy amigo de Miquis; iremos juntos, te esperaré, y después que consultes, saldremos, porque tengo que hablarte.

— No...; pero... bueno..., en fin, si usted quiere... ¿Tanta prisa tiene?... Vamos; no, no...»

XXXVIII

¡Ah!, ¡traidor embustero!

«¡Tú eres, tú, pollo maldito, orador gomoso, niño bonito de todos los demonios; tú eres, tú, el ladrón de mi esperanza; tú, el que pérfidamente me ha tomado la delantera; tú, el que está ya de vuelta cuando yo apenas empiezo á andar! Lo sospechaba, pero no lo creía; ahora lo creo, lo siento, lo veo, y aun me parece que lo dudo. Has tronchado mi dicha, has cerrado mi camino, mozalbete infame, y quiero ahogarte, sí, te ahogo...!»

Esto que parece natural, en el estado de mi ánimo, y que encajaba á maravilla en mi desola-

da situación, debí decirlo sin duda, acomodándome á las conveniencias y tradiciones dramáticas del caso; pero no, no lo dije. Al ver que con su aturdimiento confirmaba Manuel sus mentiras, le traté con el mayor desprecio del mundo, diciéndole:

«No quiero molestarte. Ve solo.»

Y seguí mi camino. A los pocos pasos le sentí venir detrás de mí, y oí su voz:

«Maestro, maestro...

— ¿Qué quieres?»

Esto pasaba en medio de la calle de Hortaleza, allí donde empalma con ella la del Barquillo, y por poco nos coge á los dos el tranvía que bajaba.

«¿Qué quieres? — repetí cuando pasó el peligro.

— Me voy con usted... Tengo que decirle...»

Tomóme el brazo con su amable confianza de otros días. Yo no pude menos de exclamar:

«¡Hipócrita!...

— ¿Por qué?... — me respondió con frescura—. Hablaremos... Yo sé dónde ha estado usted hoy dos veces; primero por la mañana, después toda la tarde.»

¡Darle á conocer mi despecho, mi confusión, el estado tristísimo en que me había puesto la evidencia adquirida recientemente...!, imposible. Era preciso afectar dos cosas: conocimiento completo del asunto y poco interés en él. Como Catón cuando se desgarraba el vientre con las uñas, padecí horriblemente al decirle:

«Eres un calavera, un libertino. Mereces...

— Maestro, ha llegado la hora de la franqueza—manifestó él con desenvoltura—. ¿Por quién ha sabido usted esto?»

Y con afectada serenidad, ¡Dios sabe lo que me costó afectarla!, le respondí:

«Necio, ¿por quién lo había de saber? Por ella misma.

— ¡Ah, ya!... Habíamos convenido en revelar á usted nuestro secreto. Disputábamos sobre quién lo haría. Ella: «Díselo tú.» Yo: «Tú debes decírselo.»

Este tuteo, esta discusión en la intimidad amorosa, me envenenaba la sangre. Tragué mucha saliva para poder replicar:

«Ella ha tenido conmigo una confianza nobilísima, y me ha declarado lo que yo sospechaba ya.

— Lo sospechaba usted... Es posible. Sin embargo, maestro, habíamos tomado toda clase de precauciones para que nadie descubriera nuestro secreto. Así es más sabroso...

— ¡Mala cabeza!...

Tuve que violentarme horriblemente para no llenarle de vituperios... Ardorosa curiosidad se despertó en mí, y en vez de injurias, dirigíle no sé cuántas interrogaciones... ¡Qué fúnebres, qué terribles fuisteis apareciendo ante mí noticias, antecedentes y detalles de aquel hecho! Con temor os sospeché, con espanto os vi confirmados. Os oí en boca del traidor, como versículos del *Dies iræ*, y á medida que ibais formando el catafalco de mi juicio completo, mi alma se cubría de luto. Tú, idea de cómo principió aquella novela de amor; tú, noticia de lo que hicieron los muy pícaros para guardarla en profundo misterio; y tú, en fin, imagen de la viva pasión de ella, os presentasteis á mi espíritu como calaveras peladas y pavorosas, ya espantándome con el mirar profundo de vuestros huecos álveos, ya

erizándome el cabello con vuestro reir seco y roce de mandíbulas... En estas cosas llegábamos á mi casa, entrábamos, subíamos. ¡Muerte y materialismo! Cuando Manuel me dijo: «Está loca por mí», yo apreté tan fuertemente el pasamano de hierro, que me pareció sentirlo ceder como blanda cera entre mis dedos.

Y en mi cuarto miré á mi discípulo, que se había sentado en mi sillón como esperando que yo le hiciera más preguntas. Le vi como el más odioso, como el más antipático, como el más aborrecible de los seres. ¡Arrojarle de mi casa!... ¡No; esto me habría vendido, y yo quería conservar mi máscara de invulnerabilidad... Pero sí le arrojaría con buenos modos.

«Manuel — le dije —. Esta noche tengo mucho que hacer... Un maldito prólogo para esa traducción de Spencer... Tendré que velar... Te suplico que no me distraigas, porque si empeñamos á charlar, se nos iría la noche tontamente.

— ¿Va usted á trabajar después de comer?

— Es preciso.

— ¿No sale usted?

— No...

— Pues le dejaré á usted solo... Para concluir, amigo Manso, con lo que veníamos diciendo..., esto traerá cola, quiero decir que esto no es un pasajero accidente en mi vida; esto no es una aventura; esto es serio, profundamente serio.

— De modo que también tú... — le pregunté sintiendo cierto alivio.»

Se sujetó la cabeza con ambas manos, apoyando los codos en la mesa, y miró un libro abierto que por casualidad estaba allí.

«También yo — murmuró — estoy loco por ella.»

Dió un gran suspiro. La luz iluminaba ampliamente su rostro un tanto pálido y excesivamente abatido.

«Es preciso declararlo todo, querido maestro. Voy á necesitar de sus consejos, de su útil amistad. Esto, que al principio tomé por pasatiempo, ha venido rodando, rodando, á ser la cosa más grave del mundo... Tengo la conciencia alborotada y la imaginación hecha un volcán... Tengo que hablar de esto con mi madre...

— Harás bien.»

Como de costumbre, el gato saltó á sus rodillas. Cuando se trata de decir una cosa difícil, de esas que se resisten á venir á los labios, nada es tan socorrido, nada ayuda tanto al premioso alumbramiento como la operación maquina de acariciar un gato. Manuel le daba pases y más pases en el lomo, y el buen animalito, con el rabo tieso y los nervios excitados, se subía por el brazo izquierdo de mi discípulo hasta rozarle con su cuerpo la cara... Y yo, deseando disimular á todo trance mi profundo interés en aquel negocio, sentía que el gato no hubiese venido á jugar conmigo, porque también (créamelo á pie juntillas) la mejor ayuda para ocultar la agitación de nuestro ánimo es el mecánico entretenimiento de hacer fiestas á un gato.

«Vea usted... maestro... Parece mentira cómo se van eslabonando las cosas; cómo paso á paso, de tontería en tontería, se llega á lo que parecía más lejano, más imposible...»

No sabiendo qué hacer, me puse á hojear un libro, y después á revolver papeles, haciendo como que buscaba un objeto perdido; y daba manotadas sobre la mesa...

«Si me hallo más comprometido de lo que pa-

rece, maestro, la culpa la tiene su hermano de usted. Por algo me fué este señor tan antipático desde que usted me presentó en su casa...

— También tú tienes unas cosas... — gruñí, por aquello de que estar completamente mudo no era propio de un buen disimular.

Cogí un papel, y como si éste fuera lo que buscaba, me puse á leerlo con fingida atención. Era el prospecto de una zapatería que no sé cómo había ido allí.

«¡Su hermano de usted!... ¡Qué punto! Entre él y la García Grande, doña Cosa Atroz... ¿Usted sabe la que tenían armada los dos...?»

— Hombre, sí — dije con murmurio, que más debía parecer gemido —. Lo sé..., pero no debemos juzgar así las intenciones.

— ¿Cómo que no?... A poco más la sitian por hambre... La suerte que yo... Hace tres noches salí de mi casa decidido á armar el escándalo H... Estaba fuera de mí, querido Manso; deseaba hacer cualquier barbaridad...

— ¡Drama, violencia!..., la pasión juvenil.»

Estas palabras sueltas y sin sentido salían de mí como burbujas de un líquido que hierve. Mi semblante debía parecer una mascarilla de yeso; pero yo me ponía delante el papelucho para que Manuel no me viera, y por delante de mis ojos pasaban, cual bufones cojos, unos rengloncillos diciendo: «botinas de *chagrin*, para señora, 54 reales», ó cosa por el estilo.

«Aquella noche llevé un revolver... Yo había comprado á Melchora, la criada. Me metí en la casa... Me escondí... Si llega á presentarse su hermano de usted..., le mato...»

Volví á mirar á Manuel, en cuyo rostro vi la decisión juvenil, el brío del amor y cuanto de

poético y romanesco puede encerrar el espíritu del hombre. Parecióme un caballero calderoniano con su espada, chambergo y ropilla; y yo á su lado... ¡Oh, genios de la ilusión, apartad la vista de mí, la figura más triste y desabrida del mundo!

«Pero mi hermano no fué... — dije.

— Le esperamos. Todos dormían. La noche estaba hermosísima. Callandito salimos al balcón. ¡Qué noche, qué cielo estrellado!; ¡qué silencio en las alturas!..., y luego las sombras entrecortadas de las calles, y el roncar de Madrid, soñoliento, enroscándose en su suelo salpicado de luces de gas... Maestro, hay momentos en la vida que...»

Di una vuelta sobre mí mismo, como veleta abofeteada por el viento.. Inclíneme para recoger un papel que no se había caído...

«Hay momentos, maestro... Parece mentira que toda la esencia de la vida, Dios, la inmoralidad, la belleza, el mundo moral todo entero, la idea pura, la forma acabada, quepan en un solo vaso y se puedan gustar de un sorbo...»

Se me presentaba ocasión de decir algo humorístico que aliviara mi espíritu. Así lo hice, y de mi amargura brotó esta chanza:

«Metafísico estás... y poeta de redomilla...»

Debí de reirme como los que suben al patíbulo. Y haciendo como que me picaba horriblemente el cuello, me volví y me hice un ovillo para aplacar con el roce de mis dedos la comezón. Creo que me hice sangre, mientras Manuel decía:

«A la mañana siguiente volví...»

— ¿Con revolver?

— Se me olvidó llevarlo... La pasión me tras-

tornaba el juicio. Ni peligros, ni obstáculos veía yo...»

Como una máquina de hablar, como el frío metal del teléfono que habla lo que le apunta la electricidad, así dije yo: «Romeo y Julieta», sin saber de dónde me habían venido aquellas palabras, porque mi cerebro se había quedado vacío.

Estuve hasta la madrugada; todos dormían. Al escaparme, ya cuando aclaraba el día, hice un poco de ruido, y salió doña Cándida gritando: «¡Ladrones!»

Esto lo oí desde mi alcoba, adonde fui á buscar refugio, huyendo de un vengativo impulso que brotó en mí... Casi rompo á gritar y declaro... ¡Mengua insigne para mí vender un secreto que debe bajar al sepulcro conmigo! Sudé gotas enormes, frías y pesadas como las del Monte Olivete, y en la obscuridad de mi alcoba, donde seguí haciendo el papel de que buscaba algo, me apabullé con mis propias manos, y grité en silencio de agonía: «¡Aniquílate, alma, antes que descubrierte!» Creo que di dos ó tres vueltas en la obscura habitación, y transcurrió un espacio de tiempo en el cual no sé á punto fijo lo que hice, porque positivamente perdí la razón y el conocimiento de mí mismo. Recuerdo tan sólo vocablos sueltos, ideas incompletas que me escarbaban la mente, y es probable que dijera: «Ladrones..., doña Cándida... no encontrar fósforos...», ó bien otros disparates por el estilo.

Cuando recobré mi juicio, aparecí en el despacho, miré á Manuel... Petra, mi ama de llaves, entraba en aquel momento...

«Travesuras de gravísimas consecuencias — dije con voz campanuda —. Petra, la comida.»

Manuel miró su reloj y yo miré el mío.

«Yo tengo las ocho y veinte; voy adelantado.

— Yo las ocho y siete...; voy atrasado. ¿Quieres comer?

— Gracias. ¿Y qué me aconseja usted?

— La cosa es grave... Hay que pensarlo...»

Sentí que me serenaba un tanto. Declaróme él entonces algo que no sé si me fué agradable ó penoso en tan crítico momento. Mis ideas estaban trastrocadas, mis sentimientos barajados en desorden; unas y otros aparecían fuera de tiempo. Anarquía loca reinaba en mi espíritu, y mi razón, hecha un ovillo, se escondía donde nadie podía encontrarla. Alegréme de ver que Manuel tenía prisa; prométele que hablaríamos del mismo asunto otro día, y se fué...

XXXIX

Quedéme solo delante de mi sopa.

Y vi desfilan en ordenado tropel, por delante de mí, los garbanzos redondos con su nariz de pico, y después una olorosa carne estofada, á quien siguieron pasa de Málaga, bollo de no sé dónde y mostillo de no sé qué parte. No puedo, al llegar aquí, ocultar un hecho que me pareció entonces, y aun hoy me lo parece, rarísimo, fenomenal y extraordinario. Bien quisiera yo, al contar que comí, ajustarme á lo que es uso y costumbre en estos casos, es decir, suponerme desganado y con más ánimos para vomitar el corazón que para comerme un garbanzo; pero mi amor á la verdad me impone el deber de manifestar que tuve apetito y que comí como